

# ¡Vamos al Hospital!

## Lección de Vida

**Quando uno va a las revisiones, siempre va algo cansado de antemano. Cansado y temeroso. ¿Qué nos dirán? ¿Habrá sorpresas? La incertidumbre nos consume. Por eso, es difícil tener la serenidad de espíritu que requiere el aprendizaje y, sin embargo, son muchas las cosas que aprendo cada vez que voy con mi hija al hospital. Son lecciones que considero importantes y hoy me gustaría compartir la última con vosotros.**

Teníamos cita para una revisión, pero esta vez no nos correspondía ir en octubre, como es habitual, sino que nos habían dado hora para ir durante las vacaciones escolares de Semana Santa. Tal vez, por eso, había mucha menos gente que de costumbre y apenas tuvimos que esperar en los distintos servicios. Sin embargo, el madrugón de las seis de la mañana para coger el tren hasta el hospital, sumado al rutinario y obligado peregrinaje dentro del mismo (de la tercera planta donde se recogen los impresos a la planta baja donde hacen las radiografías, pasando después de nuevo por la tercera planta para hacer el electro) hizo que, para cuando por fin llegamos a la segunda planta para que le hicieran la ecografía, estuviéramos ya con pocas ganas de broma. En definitiva, tanto mi hija, Elena de 11 años, como yo, estábamos verdaderamente agotadas. Aunque esa sensación de cansancio “hospitalario” no es nueva para nosotras y hemos aprendido a sobrellevarla bastante bien, agradecemos que no hubiera nadie en el pasillo de espera y que nos hicieran pasar de inmediato a la sala de hemodinámica. Una vez dentro, comprobamos que, contrariamente a lo que suele ocurrir, no le estaban haciendo pruebas simultáneamente a ningún otro niño y que dentro de la sala sólo había dos médicos. Uno, al que conocíamos de vista, porque ya había hecho ecografías a Elena en alguna otra

ocasión anterior, y otra doctora más joven que no nos fue presentada, pero que pronto descubriríamos que estaba aprendiendo.

Elena, incluso antes de que se lo pidieran, se desnudó de cintura para arriba y se echó sobre la camilla. Yo me situé discretamente en una esquina tratando de pasar lo más desapercibida posible. Desde mi esquina podía ver la pantalla del ordenador y, sobre todo, a Elena enmarcada por cables y aparatos. Es curioso hasta qué punto todo esto ha pasado a ser parte de nuestra rutina. Sin embargo, en esta ocasión no fue lo mismo de siempre.

El doctor comenzó el proceso como de costumbre: embadurnó el pecho de Elena de gel y comenzó a deslizar el transductor sobre su cuerpo delgado, mientras daba explicaciones a la doctora sobre las imágenes que iban apareciendo en la pantalla. Como también es habitual, yo oía toda una serie de palabras ya sobradamente familiares (atresia, reflujo, fístula, etc.), sin entender realmente el significado de las frases. Y, sin embargo, gracias al extraño sexto sentido desarrollado durante estos once años, comprendí, sin que

me lo dijeran, que la evolución de Elena les parecía muy positiva y, llegado un determinado momento, comprendí también que su revisión había terminado y que entrábamos en una nueva fase: la fase de estudio. Allí estaba un doctor estudiando el corazón de mi hija y utilizándolo para enseñar a otra joven doctora. Era obvio que, de manera tal vez inconsciente, estaban aprovechando la oportunidad que les proporcionaba la ausencia de otros pacientes para ana-

lizar aquel interesante “caso” con detalle. El tiempo iba pasando y, a ratos, con voz amable, el doctor agradecía a Elena su paciencia y su colaboración, al tiempo que le pedía que aguantara “un poquito más, sólo un poquito más”. Incluso a mí, que no dejaba de mirar a Elena, como siempre, con cariño y admiración por la entereza con la que vive todos estos procesos, el “poquito” se me empezaba a hacer demasiado largo. Empezaba a estar ya cansada de estar allí de pie, cargando con los abrigos, esperando y con esa sensación de perder el tiempo que nos entra, a veces, a los adultos. Y, sin embargo, Elena seguía allí, echada sin emitir una sola queja, sin protestar ni poner un mal gesto ni una mala cara, pa-

«Ella siempre tiene ante las pruebas esa actitud colaboradora y paciente»



ciente, obviamente aburrida, pero obediente cada vez que le pedían que se quedara quieta, que aguantara la respiración, que se girara.

Ella siempre tiene ante las pruebas esa actitud colaboradora y paciente y, sin embargo, yo nunca, hasta entonces, la había valorado como se merece. Tal vez fue la conciencia del cansancio que iba haciendo mella en mí, unida a la inusual tranquilidad que se respiraba dentro de la sala de hemodinámica lo que me permitió tomar conciencia del valor de aquella experiencia. Miré a Elena, a la que tantas veces había visto echada sobre esa misma camilla, desde una perspectiva nueva, que me llenó de orgullo. De pronto, comprendí que aquél no era tiempo perdido. Aquel tiempo no sólo servía para diagnosticar y curar a mi hija, sino que además era un granito más de arena, el eslabón de una cadena que permitiría que muchos otros niños aquí en nuestro país y en otros países, al otro lado del océano, tuvieran la oportunidad de sonreír y jugar como lo hace Elena. Porque aquel tiempo, que parecía eterno, iba a dar a muchos otros padres la oportunidad de disfrutar con sus hijos como yo disfruto con Elena. Y todo eso lo hacía posible la propia Elena, con su paciencia, con su tolerancia, con su generosidad. Por eso, me sentí tan orgullosa. Aquella pequeña de once años me estaba dando, como tantas otras veces, una gran lección.

Pero me pregunté si ella sería consciente del gran valor de su paciencia, de su obediencia, de su "dejarse tratar". Así que me propuse comunicárselo. Al salir, le dije lo que valoraba y me enorgullecía su actitud, su comportamiento durante aquel

rato tan largo. Le expliqué por qué los médicos habían dedicado tanto tiempo a estudiar su caso. Cómo aprendían ellos también con cada uno de los niños a los que veían y cómo el conocimiento que obtenían les ayudaba a poder ir haciéndolo cada vez mejor, no sólo con ella, sino con muchos otros niños en distintos lugares. Quería que supiera lo orgullosa que estaba de ella, lo grande e importante que me parecía, el enorme amor y la generosidad con que compartía su tiempo, y hasta su propio cuerpo, me generaba. Quería que supiera dar sentido a sus sacrificios, a sus esfuerzos, que les diera el valor que realmente tenían, que tienen. Creo que es importante que todos sepamos distinguir el valor del tiempo cuando sirve para salvar vidas, para dar esperanzas también a los demás. Le expliqué cómo ella, al igual que muchos otros niños cardiopatas, podía disfrutar de muchas cosas gracias a que los médicos habían podido tratar a muchos niños antes que a ella. Niños a los que ella nunca conocería, pero a los que debía estar agradecida. Su magnífica sonrisa me mostró que había comprendido.

También valoré con otros ojos el tiempo de esos médicos que se afanaban y esforzaban por entender. Que pedían, por favor, con humildad, a una niña, su maestra, que les ayudara, que les diera algo de su ciencia viva, para poder continuar su labor, perfeccionándola, haciéndola mejor.

Aquel día se creó un clima muy especial entre aquellas tres personas tan valiosas para mí. Y mi gratitud hacia todos ellos fue infinita por permitirme compartir sus habilidades, su capacidad, su fuerza, su vida.